

Sensatez económica *versus* sensatez ecológica: ¿malestar en la cultura?

(La ecología, y no la economía, como fuente normativa del bienestar social estable)

Anselmo Galindo M.*

*A la memoria del biólogo Julio Ricardo Mejía Pineda (1958-1990),
mi bondadoso colaborador y amigo,
muerto en el desempeño de sus labores profesionales.*

Los ecosistemas y los sociosistemas están interconectados: la fuente concreta de energía en el sistema económico —el hombre y su fuerza de trabajo— es sólo un eslabón más de los ciclos de materia y energía ambientales en los que coexisten, junto con el hombre y su sociedad, muchos otros seres vivos y ambientes. De esa manera, ecología y economía representan una red global, interconectada pero jerárquica, en la que circulan los productos del trabajo realizado por la naturaleza y el hombre. El conjunto de los elementos que configuran el ambiente natural viene a ser así, globalmente, la condición de contorno para las actividades y los intereses económicos. Y la ecología y sus fuentes energéticas quedan, en el entorno de la sociedad, como un metasistema de la economía.

Bajo el mismo enfoque lo económico viene a ser, a su vez, un metasistema para la política y la tecnología, cuyo ámbito de acción no rebasa las posibilidades de la base económica. La economía es el metasistema de ambas porque las engloba, tal

*Profesor del Departamento de Hidrobiología, UAM-Iztapalapa.

y como la naturaleza engloba al todo socioeconómico. Este hecho se hace patente cuando vemos cómo los agentes políticos y tecnológicos, en el curso del cambio histórico de la sociedad, son manipulados como subordinados naturales por el discurso de los agentes económicos.

Al parecer, entonces, habría una jerarquía objetiva del mundo y la sociedad. En ella quedarían acomodadas concéntricamente las esferas de política-tecnología, economía y ecología, en orden progresivo de importancia. Cada una estaría englobada por la que sigue y sería, a la vez, fuente de condiciones para las precedentes.

Cuando menos esto es lo que nos dice el análisis, la razón. Pero aquí hay que resaltar un punto: curiosamente, los agentes económicos nunca se han subordinado a los criterios ecológicos. En los hechos, la jerarquía anteriormente señalada pierde vigencia cuando se llega al límite entre economía y ecología. O tal cosa, y no otra, es lo que muestra la realidad del registro histórico.

Resulta que hasta ahora las reglas de convivencia social siempre han sido muy permisivas, ambientalmente hablando. Los individuos o grupos que desde el más alto nivel socioeconómico se dedican a organizar la obtención de bienes, a partir de materias primas, son también dueños de los medios materiales de captación y producción. A estos elementos del sociosistema se les llama "propietarios".

Tendríamos entonces que estos propietarios serían los encargados históricamente de sancionar y efectuar la toma de materias primas. Pero existe el rasgo de conducta, poco importante hasta hace algunas décadas, de que los propietarios acostumbran tomar las cosas de la naturaleza como les viene en gana. Esto obedece a que durante siglos nadie entre

los propietarios pensó en las condiciones ecológicas como condiciones de contorno. Las fronteras y barreras naturales de toda clase eran vistas como obstáculos a vencer, y nada más.

Aún en nuestros días se admite que los propietarios abran para su provecho cualquier espacio o filón de recursos, si así lo requiere su ambición. Se considera que el único límite esencial es el esfuerzo competitivo de otros hombres. Y tal escala de valores, con jerarquías excluyentes al gusto de los propietarios, también está sancionada históricamente.



Es el complemento, el respaldo axiológico de los actos concretos. Quizá sea por esto que, según los propietarios, la naturaleza es primordialmente una fuente de progreso y de recuperación en cada crisis y no un entorno condicionante.

Para ellos todos los ámbitos son un bien adquirible en principio, sin más interferencia que la de los intereses de otros seres humanos de su misma clase social.

Hoy vemos que nos apunta, desde el horizonte de los acontecimientos contemporáneos, la jerarquía de la que hablábamos anteriormente. Esto de ninguna manera debería ser una sorpresa, porque la amplitud de nuestra práctica económica toca ya los límites funcionales del entorno natural. A partir de esta década, previsiblemente, habrá una nueva jerarquía de costos para la composición y el arreglo económico de la sociedad. Los objetos del ambiente, que eran fuente de recursos libremente explotados, desde su escenario natural "externo" parecen plantearnos ahora severas condiciones para su aprovechamiento.

Es más claro que nunca que dicho entorno requería un análisis más cuidadoso de lo que hasta ahora parecía necesario. Podría suceder que hacia el tercer milenio, definitivamente, los intereses de la sociedad estuvieran rebasando —¿hacia donde?— la utilidad de algunas ideas que son parte del marco cultural, presuntamente autosuficiente, de nuestra civilización.

¿Por qué no se pensó antes que había condiciones que enmarcaban el tomar y repartir de toda sociedad? Quizá, a partir de una conducta acostumbrada, la mente de los propietarios le adjudicó falsos atributos sustanciales a las cosas del ámbito natural; y finalmente estos atributos falsos convirtieron la

"materia prima" en un concepto ajeno a lo que, en sí, las cosas eran en el exterior. La realidad se le escapó al discurso filosófico, y a la crítica, de los propietarios. Y por eso, después, el discurso económico neoclásico no incluyó las interacciones reales, completas, de esas mismas cosas en el exterior, ni la interacción del conjunto externo con la sociedad misma.

La realidad fue editada como si hubiese sido una película censurada. Y las partes que no pasaron la censura fueron decretadas como inexistentes. Por supuesto, esto no comprometió jamás la presencia real de aquello que los propietarios no quisieron ver. De todos modos, para el sentir y pensar de la clase propietaria podía demostrarse autosuficiencia material. ¿Qué más podía pedirse?

Cabe preguntarse entonces si la sensatez de la clase propietaria en Occidente fue sesgada por su historia. Y si fue así, ¿qué atributos sustanciales falsos le ha venido adjudicando la mente de nuestros propietarios, desde antes, a las cosas que están en la naturaleza?

Resumiendo el asunto, en fin, dentro de un panorama más amplio, la pregunta sería: por su formación a lo largo de los dos últimos siglos, ¿qué tan fuera de la realidad y sus límites externos, ecológicos, está hoy la "escuela de la vida" de los propietarios occidentales?

Empecemos por ver que en nuestros días, como viene sucediendo desde hace siglos, todavía se admite que de manera consistente estos directores de la economía tomen todo lo que se pueda una y otra vez, sin más límites que la redituabilidad estrictamente económica. Pueden rehusarse a adoptar dentro del sistema cualquier clase de reparto que no les convenga y también, mediante la política, propiciar

las condiciones del juego que les sean más favorables. La política, por siglos subordinada racional y directamente a la economía, aún defiende prioritariamente lo que es sensato sólo para esta última, sin que sus predicados antepongan consideraciones ecológicas.

Además, y por si fuera poco, éste ha sido un caso de engaño doble. También en la mente de los que no son propietarios la palabra “dueño” se asocia con facultades para favorecer o, cuando menos, conservar las reglas del juego bajo las cuales un ganador puede, sin límite esencial, conservar lo ganado.

Todos los acuerdos en nuestra sociedad demuestran un gran respeto por las decisiones y derechos de los propietarios, aunque éstos vayan en contra de lo que aconseja el provecho ecológico proyectado hacia la comunidad. Para la mayoría la propiedad es un objeto que crea derechos y deberes, sí, pero antes que nada por razones económicas, y por tanto debe respetarse principalmente en razón de ser fuente de lo reutilizable. Por eso a la viabilidad ecológica de lo apropiable se le tiene como algo sobre lo cual cabe la negociación, el acuerdo, o en último caso la sanción en metálico. Las reglas de intercambio, beneficio y sanción todavía tienen su fuente en el individuo y la economía privada, no en la ecología y sus leyes. Y el código de valores que justifica esa conducta es ajeno a toda influencia que no sea la del consenso de otros propietarios.

Esta civilización occidental, en fin, padece una profunda falta de tradición cultural, o de experiencia social, que apoyen el pensar lo contrario a lo que dicta un *corpus* de verdades macroeconómicas.

De modo que, en efecto, toda sensatez vigente (no sólo la de los propietarios) parece estar sesgada. Y este sesgo es el que en los hechos hace que predom-

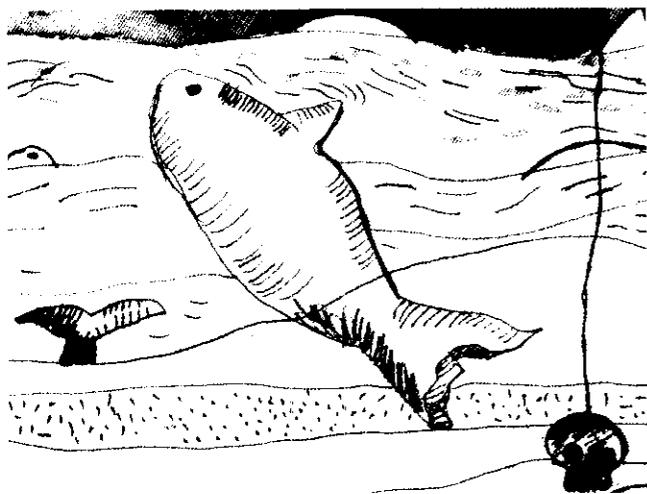
minen los intereses económicos por sobre los intereses ecológicos, y que todos vean tal cosa como algo “normal”.

La explicación —diría un abogado defensor de los propietarios— es que la lucha por la existencia desarrolla la iniciativa y finalmente, por causas naturales, el triunfo desemboca en el sentimiento de posesión, que genera todo un discurso lógico consecuente. El proceder a la toma y reparto de los frutos logrados sin considerar el entorno es la actitud que viene a ser el resultado inevitable, precisamente, de esta historia.

Si éste fuese el argumento de descargo, habría que reconocer que no se está bordando tan mal. Mencionar “lo natural” en estas cuestiones es muy satisfactorio para la autoestima. Pero tal argumentación tiene inconvenientes. Por lo que ya sabemos de los órdenes en que las cosas parecen funcionar, las explicaciones “naturalistas” tienen el defecto de pasar por alto muchos elementos de análisis. Y es especialmente cierto que, si somos partidarios del naturalismo, sin querer terminamos “profundizando” en la superficie de los fenómenos cuando en éstos topan realidades socioeconómicas con realidades ecológicas.

En el caso que nos ocupa —el de la “lucidez” o “sensatez” de las clases propietarias— la anterior “explicación” naturalista es, en realidad, un intento de justificación que nos impide ver lo obvio: que “la empresa” es sólo un rasgo de conducta humana, favorable para la colectividad como estrategia de vida y perdurablemente estable *sólo si está acotado por fuera*, esto es, *acotado por el macrosistema ecológico en el que está incluido*.

¿Y “la empresa” como objeto histórico “natural”? No existe tal. Lo que hay es una idea alimentada por



la costumbre y el recuerdo aleccionante de lo que resultó benéfico en el pasado, cuya autojustificación está en lo que los sociólogos llaman “ideología de la clase empresarial”.

Y esta “ideología empresarial”, concebida a la manera occidental, tampoco es un descubrimiento destinado a nuestra cultura en particular. Cualquier otra civilización que hubiese surgido en una cadena de eliminatorias de la historia, como lo hemos hecho nosotros, vería las herramientas de su triunfo como algo igualmente inevitable. Y, de ser capitalista, en ella también habría un discurso “filosófico” para justificar todo tipo de explotación, repleto de explicaciones “científicas” previamente recortadas y con el respaldo de argumentos naturalistas “indiscutibles”. Correspondientemente, en ella el entorno y la mano de obra serían bienes absolutamente comercializables como “propiedad”. Y para una poderosa minoría de esos hipotéticos triunfadores, asimismo, habría miedo ideológico para aceptar un cambio de

conducta profundo; miedo similar al que hoy atena a los propietarios dentro de la cultura anglosajona, por ejemplo.

Por no dar más detalles diremos que, a partir de la fuente ecológica, las instituciones de esa sociedad también estarían enajenadas en el discurso económico y, finalmente, en la comunidad habría “hombres de empresa”, medianamente cultos y emprendedores, que se tendrían por ser los valiosos, activos conquistadores del espacio y los contingentes humanos necesarios para la continuidad del mercado. Por sesgo ideológico, y en ausencia de una noción ecológica, podríamos ver que su conducta sería tomada, “naturalmente”, como el ejemplo a seguir.

En resumen, la cultura en nuestra civilización y los discursos correspondientes se encuentran en una sesgada etapa de respeto a la propiedad individual. Y yo incluyo entre las cosas afectadas por este sesgo a la ecología misma, pues en esta época, ¿no es aún limitada y tímida nuestra concepción de lo ecológico?; ¿no es común entre nosotros la idea de que la ecología es sólo una rama de las ciencias biológicas que, respetuosa y neutra, debe circunscribirse a analizar los ciclos biogeoquímicos del planeta?

Lo que hace falta, sencillamente, es confesar que se nos han olvidado las bardas —las inevitables condiciones de contorno— a explotados y explotadores por igual. Nuestra experiencia pasada nos acomodó la cultura, los conceptos y la economía dentro de una idea arbitraria de lo sensato y lo realista, que no estaba acotada hacia afuera ni proyectada para tener en cuenta contornos amplios, verdaderamente naturales e inamovibles. Dentro de un rango del tiempo y del espacio señalados por nuestras costumbres así hicimos la realidad de esta

sociedad y después, al investigarla, creímos ver leyes de la economía en las que sólo eran reglas de campo gestadas por nuestra propia historia.

¿Pequeños “olvidos” naturalistas? ¿Diremos, parafraseando al poeta, que “Crímenes fueron del tiempo, no de los propietarios”? Si, claro está, pero todos muy convenientes y oportunos. Y defendidos después con uñas y dientes, a cualquier costo y durante el máximo tiempo redituable.

En todo caso, así —atendiendo esencialmente a las cuentas en numerario— fue que los propietarios occidentales formaron nuestra transgresora economía y, con ella, nuestra civilización.

Ante esta circunstancia es obvio que nos urge incorporar algunas aclaraciones, modernas y muy profundas, a los relictos de la época medieval que aún llevamos dentro. Estos relictos ya no nos sirven ni podrán volvernos a servir como lo hicieron durante tanto tiempo, porque hace falta comenzar la cultura que alcance para *este* mundo: un mundo en realidad poblado por todos los que *ya* están en él, y no sólo por aquellos que caben en la sensatez económica neoliberal. El mundo tiene el tamaño y los límites de su entorno físico, tanto en lo humano como en lo natural, no los límites de la redituabilidad. Ésta, que hasta hoy ha señalado la frontera de lo sensato y lo posible, debe servir de ahora en adelante para apoyar la sensatez de otra razón de convivencia y propiedad en un mundo más grande y nuevamente formado.

Podemos, claro está, seguir “negociando” como hasta hoy. Pero bajo los supuestos filosóficos actuales hay muchas cuestiones, asuntos concretos si se quiere, que no encuentran respuesta y que serán problemas graves en el futuro inmediato. Por ejemplo, ¿qué pasará cuando la ciencia haga posible, en

algunos lugares, doblar el recodo del costo actual de las cosas? Los propietarios, en los sectores que más mano de obra captan y administran, ¿tratarán de evitar que salga “regalada” una parte de la vida de los hombres, cuando queden suprimidas más y más fuentes actuales de costo y rédito, sobre la base de una mayor eficiencia en la producción?

Ante nuestra incapacidad para responder con claridad a problemas como éstos, sin contradecir al mismo tiempo nuestra tan querida escala de valores, es que caemos en la cuenta de que el futuro de Occidente está minado. Hay bombas de tiempo que, para explotar, sólo esperan que pisemos aquél punto del camino por el cual estamos sentenciados a pasar, bajo la guía de nuestro bagaje de anticuadas convicciones.

Es hora de que los científicos, en general, salgan de sus cubículos, colegios y proyectos de investigación. Con las armas del conocimiento, es hora de que dediquemos más tiempo a divulgar una sencilla verdad: el hecho de que a partir de esta década estaremos equivocando el camino si no cambiamos o ampliamos las jerarquías de nuestra sensatez. Si no lo hiciéramos así seremos una civilización que se precipita al abismo de la represión y la hipocresía más profundas, llevados de la mano no por la experiencia sino por una caduca filosofía hermana del positivismo y la erudición libresca. Seremos un experimento involuntario sobre cómo una minoría llega a cualquier extremo transgresor, autojustificando satisfactoriamente, cada vez, el miedo al cambio y a la incomodidad que representa.

Esta condición de vida ya está manifestándose en nuestros días, en el ideal valorativo de algunos países desarrollados de Occidente: hoy más que nunca, en ellos está exacerbado el apetito de lograr aun más

comodidad que en el pasado, durante más tiempo y sin reparar en las consecuencias.

A diferencia de lo que sucede en los ecosistemas, donde todo cuesta y el futuro cuenta, el hombre occidental de clase acomodada aún quiere lograr la máxima comodidad durante el máximo tiempo posible y con permanente impunidad. Ni más ni menos. E ideológicamente, por la presión de este ideal y bajo la razón del rédito permanente, la mente de estos hombres hace que la cadena de acontecimientos ligados se interrumpa allí donde termina el rédito, para no ver el abuso ni la suerte socioeconómica y ecológica de los seres humanos y los ecosistemas que son factores, agentes directos en la captación y la transformación de materias primas.

Comprobemos esto, si queremos. Con algún individuo que pertenezca a la clase social de los propietarios hablemos, por ejemplo, sobre los deberes de cada uno para con los demás. Veremos que por su ilusión neoclásica cuidadosamente cultivada, los propietarios siguen juzgando como un hecho necesario, permisible —y hasta natural— el aumentar, o cuando menos conservar, la parte del rédito neto global del cual hoy disfrutan. Aún sienten que sólo toman lo que su trabajo merece. Y al mismo tiempo podremos notar cómo esa misma ilusión los desliga éticamente de lo que pueda pasar con aquellos seres y aquellos ámbitos que dan trabajo y valor, directamente, a la materia prima. Veremos, en pocas palabras, que en su mente la “cadena de acontecimientos” socioeconómicos ligados a su responsabilidad se interrumpe abruptamente, en el mismo punto en que termina su razón de rédito. Para cualquier propietario, como regla de sensatez “normal”, el extremo opuesto de una cadena productiva queda siempre fuera de su *incumbencia ética directa*. Y en nuestro

tiempo el resultado visible de todo esto es que el provecho económico y ecológico, recogido desde todos los rincones de nuestro planeta sin importar el probable costo ambiental, se concentra en unas cuantas manos bajo la cobertura circular de leyes de la propiedad que son convenientes sólo para situaciones particulares; en todo caso, dichas normas se mantienen aún en contradicción con el criterio sistemático que los mismos tecnócratas aplican sin vacilación a otros problemas, cuando éstos no comprometen su rédito político o financiero.

Actualmente, de cara a la realidad de un mundo colectivo y limitado, es triste ver la magnitud de la contradicción que encierra esta práctica de la economía respecto a los ideales que la misma sociedad dice querer alcanzar. Esta civilización, por ejemplo, que solamente crea valor mediante una razón de rédito cada vez más inoperante, ¡también sostiene que el ideal de nuestra cultura es el de lograr un ser humano libre y consciente, a escala universal! La filosofía occidental más elevada anhela, parafraseando una sobadísima definición, la realización de las potencialidades del ente “bio-psico-social” que es el hombre.

Estando las cosas como están, es fácil entender que no será posible tal meta. El obstáculo no es la tecnología, sino las condiciones actuales de nuestra sensatez económica. Éstas, en la mente de los propietarios, impiden finalmente adoptar la conducta que lleva a lograr su propio ideal, porque el hacerlo no es negocio según la más estricta razón neoliberal de rédito.

La educación universal, entonces, es un hecho imposible porque no es redituable ni, globalmente, es estabilizadora de la economía en el corto y el mediano plazos. (Sensato... ¿o no?)

La razón de rédito tradicional es siempre, explícita o implícitamente, el límite real de la "sublime" ética occidental. Y por ella los ideales más profundos y necesarios de nuestra cultura quedan reducidos al triste papel de ser la carnada filosófica del sistema productor.

A nosotros, como consecuencia, todavía no nos suena aceptable o normal caer en la cuenta de que nuestro sistema fabrica hambre y muerte, directa o indirectamente, conjuntamente con los cohetes espaciales, la ciencia y la abundancia material de los propietarios. Todavía no se asume que todo producto —lo "positivo" o "bueno" y lo "negativo" o "malo"— sigue una misma razón productiva. Cerramos los ojos al ver que nuestros esplendores y miserias, por igual, son un mismo complemento, gestado en una sola cadena de transformación de materias primas. Y tampoco, todavía, nos interesa divulgar tales hechos. Los factores y elementos de una verdad más extensa, antropológica y ecológicamente hablando, no son enfatizados ante la masa como lo son en cambio el consumo de tabaco o alcohol.

¿Hay una sensación generalizada de impotencia e inadecuación en el hombre de Occidente? Sin duda.

Es sano sentir tal cosa, cuando pesa sobre todos la acción de compañías integradas a escala mundial que bus-



Verdader

can la manera de presentar como actitudes ecologistas lo que se pretende prioritariamente, que es la conservación del *statu* (y el *Status*) *quo* de la economía. En su conducta comercial “moderna” aflora esplendorosamente su escuela neoliberal: la confusión de categorías, de jerarquías, de prioridades concretas que señalábamos al inicio de este trabajo. En sus manifiestos los requisitos ecológicos reciben pleitesía, ruidoso acatamiento, pero en los hechos se les supedita a condiciones de redituabilidad y concentración a cuya primacía real nadie se opone. Es difícil romper con la práctica histórica.

Para ellas el tema ecológico es un recién llegado inoportuno, que vino a agregarse al asunto de la explotación de los ambientes natural y social hace sólo unas cuantas décadas. Se acepta a regañadientes la presencia de lo ecológico porque el tenor de los tiempos lo exige, pero no es bienvenido como fuente de lucidez y conocimiento, y mucho menos como posible base necesaria de convivencia de la sociedad con la naturaleza. Y esa misma contradicción es tan sólo un fragmento en el verdadero fondo del tan cantado “amor al conocimiento”, que es otro de los grandes valores supuestamente fomentados por la industria y el comercio en las sociedades desarrolladas.

Si lo anterior es cierto, entonces el discurso de la ética neoliberal sobre las condiciones del conocimiento y la responsabilidad no es, siquiera, parte del remedio; es parte del bisturí con el que mutilamos *eficientemente* —economía obliga— nuestra concepción de la realidad y nuestros sentimientos de congruente indignación. Este discurso es costosísimo en más de un sentido y es también, entre otras, la forma más alta de la anestesia que requiere nuestro “molesto” estado; sólo mediante anestésicos multi-

formes y masivas no se alteran las “naturales” y estables condiciones de producción de bienes a escala mundial.

Puede inferirse, como decíamos en párrafos anteriores, que tanto el presente malestar como su “medicina” no son algo “natural”; son el par cultural necesario que resulta de una decisión racional, con límites ideológicos, de los grandes propietarios e inversionistas.

Hasta la fecha, no nos atrevemos a enfrentar la cuestión profunda: *Trátase de mantener la transgresión a los límites ecológicos de la sociedad tanto tiempo como sea posible... y redituable; y a la vez trátase de que una sensatez decimonónica nacida de nuestra antigua economía siga siendo el código de conducta real para el general de la población, avalado por la dinámica de la vida individual y sus necesidades cotidianas.* Si no salimos de este círculo vicioso, ¿cómo no habrá malestar creciente ante la hemiplejía intelectual y anímica —bienhechora para una minoría— que será necesario seguir fabricando cada día, ante una realidad así?

¿Y cómo es de esperarse que se perciba a sí misma una civilización tan desfasada y automutilada en lo moral y lo material? A este respecto hoy, mientras nos preocupan molestas sensaciones, ya hemos rebasado con nuestros propios hechos cualquier contenido de las palabras: ¿deberíamos llamar “malestar” a los sentimientos de alrededor de una mitad de la humanidad, o quizá su mera condición socioeconómica y ecológica pudiera merecernos un eufemismo un poco más severo a nosotros los intelectuales? O bien, ¿cómo calificar la extinción sin retorno de gente y ecosistemas que nuestra lógica evoca sin ningún problema y que, mientras son expoliados, a la vez nos son estructuralmente “lejanos”, y se nos

“olvidan” en el desfase entre nuestra “sensatez” y la realidad?

De quererlo, por ejemplo, ¿podríamos reconocer que la ecología es una base de raíces estrictamente científicas, que puede servir para pensar lúcidamente en un futuro menos contradictorio?

Si lográramos vencer nuestro miedo y nuestro narcisismo, acaso ¿quizá podríamos empezar a desmontar la falaz dicotomía “preocupación-indiferencia” para enfrentar las razones políticas y económicas, no ecológicas o naturales, de la rapacidad del sistema? ¿Comenzar en serio el intento de pensar sobre otra razón de sensatez en la economía, que esté más ligada a la ecología que al ecologismo o a la “lucha por la supervivencia”, y divulgar la verdadera profundidad de los cambios necesarios?

¿Sensatez ecológica? ¿Malestar en la cultura? En verdad, vistas las cosas así, creo que ecólogos y sociólogos no hemos empezado siquiera a rascar el tema. Y mucho menos el campo de acción de una conducta crítica y congruente, constructiva y plenamente viable en lo ecológico y en lo socioeconómi-

co. Opino que tal será el terreno principal de la pugna entre conciencia, sentimiento y *praxis* en el futuro, dentro del ámbito de la civilización occidental. Será la ética socioecológica nacida en el siglo venidero *versus* la ética socioeconómica gestada en la posguerra de la Secesión norteamericana, que ha sido remozada por enésima vez para “servir” en la materna posguerra de todas las batallas.

La opción allí está. Sensatez ecológica, paz en nuestros días y bienestar en el futuro, o bien sensatez económica modelo *far west* y sus consecuencias en un mundo que vive, o sobrevive, más de un siglo después.

Elijamos, entonces. Y pensemos cuál será el parámetro testigo que en el futuro nos haga saber si habremos hecho, sobre esta ocasión, mejor o peor papel que las civilizaciones del pasado. Al respecto yo propongo un candidato, que creo inmejorable: que el parámetro testigo del estado de nuestro malestar o bienestar sea en lo sucesivo nuestra propia realidad social, entendida ésta siempre como calidad de vida asequible para *todos*.